

EL AMOR COMO FACULTAD

Raziel Tovar

Copyright © 2015 – Raziel Tovar

Primera edición: Septiembre 2015
Monterrey, México

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	3
I. EL AMOR COMO FACULTAD HUMANA	4
Amar es una facultad.....	4
Las facultades provienen del ser.....	7
El amor es la facultad que crea otras facultades	9
Amar es un acto espiritual	9
El amor apunta siempre fuera de sí mismo.....	12
El amor supera toda teoría del conocimiento	12
II. FACULTAD NO ES COMPETENCIA	13
Diferencias entre facultad y competencia	13
¿Por qué no hacemos lo que amamos?	16
El amor es útil y es productivo.....	17
El amor y el arte.....	18
Bibliografía	19

INTRODUCCIÓN

El lector se irá percatando de que el concepto de *facultad* -que es el eje central de la tesis aquí expuesta- es muy amplio, pues puede tratarse tanto de acciones concretas superficiales, como de experiencias espirituales de gran trascendencia. No obstante, la esencia de su significado es específica, de modo que su sentido se irá dilucidando a lo largo de estas páginas, a pesar de sus aparentes contradicciones. Lo mismo sucede con el amor, que en apariencia es relativo, sin embargo, no cabe duda de que cada ser humano lo vive de una forma muy particular. En otros contextos es posible utilizar sinónimos de la palabra *facultad*, sin embargo, para nuestro propósito, dicho concepto -y su sentido- es incomparable a cualquier otro, y de ahí la necesidad de utilizarlo reiteradamente.

Amar, dice Erich Fromm es una disciplina, que si se practica con entrega y dedicación, se puede llegar a dominar al igual que un arte, al cual el llamó *El Arte de Amar*. Mi concepción también es que el amor es una facultad y no un objeto. Por lo tanto, las ideas aquí expuestas se encuentran muy próximas a la tesis de Fromm. Sin embargo, trataré de ahondar mucho más en el aspecto espiritual y ontológico del amor antes que en el psicológico.

Cuando se habla sobre el amor como fenómeno natural (biológico o psicológico) es acertado utilizar un lenguaje empírico. Sin embargo, cada vez que aquí se mencione las palabras *amor* y *amar*, me refiero al Amor (con mayúscula) como fenómeno sobrenatural, no necesariamente en un sentido místico, sino como lo son las experiencias estéticas, que aunque no se encuentran en la naturaleza positiva signifique que no existan. Kenneth Burke de la siguiente manera: “*Exista o no un dominio de lo `sobrenatural` existen palabras para él.*”

Si el lector espera una lectura racional y lógica, pero en cambio se topa con romanticismos “*no alerte sus fusiles, ni piense qué delirio*”, a pesar de lo irracional, “*usted puede contar conmigo*”.¹

¹ Del poema *Hagamos un trato* de Mario Benedetti, publicado en su libro “El amor, las mujeres y la vida”.

I. EL AMOR COMO FACULTAD HUMANA

“El Amor es el significado último de todo lo que nos rodea. No es un simple sentimiento, es la verdad, es la alegría que está en el origen de toda creación.”

-RABINDRANATH TAGORE

Amar es una facultad

Amar es el pleno uso y goce de cualquiera de tus facultades humanas. Reír hasta quedarte sin aire; trabajar en lo que tú elegiste; jugar por diversión sin buscar ganar nada más; gritar en una fiesta de emoción; bailar con libertad; dar parte de ti no porque te sobre, sino por la satisfacción de expresar tu vitalidad; sacrificar un placer efímero por una satisfacción más sublime; admirar una pintura; conmoverse con una película; contemplar la belleza de la naturaleza; meditar entre el ruido; leer un libro absorto por horas; buscar a Dios en la naturaleza; sentir gratitud hacia el cosmos; alegrarse con lo más trivial; dormir largas siestas; practicar jardinería; meter los pies descalzos en arena; sentir una profunda curiosidad por todo; viajar de *mochilazo*; improvisar una canción o escuchar el silencio. Todas estas y muchas otras más son tus facultades humanas.

Una facultad humana es un poder que al realizarlo te otorga dicha y libertad. Expresar tus facultades equivale a expresar *lo que se es*. Estar enamorado de la vida y de todo lo que hay en ella, incluyendo cada momento de éxtasis y de desesperación. Una facultad es un estado de no-dualidad, y por ello mismo algunas son un tanto paradójicas, como la capacidad de reírse de los propios errores o desgracias y salir victorioso gracias a ellos.

Mientras que algunas facultades son innatas, otras se logran mediante mucho trabajo y dedicación, como el músico que ejecuta una pieza musical magistralmente. Sin embargo, la experiencia de ejercer una facultad no requiere de ningún *esfuerzo* en absoluto -en el sentido tradicional de la palabra- pues es una energía que recorre nuestra existencia y se mueve con uno mismo, jamás contra uno mismo, a menos que se le ignore y no se siga por el camino que su sentido dicta, lo que resulta en una sensación de malestar. La experiencia y la búsqueda de

ese sentido te permitirán descubrir que las facultades con las que naciste y has desarrollado están ahí para ir a favor de tu esencia, no para luchar o competir contra lo que eres.

Tratar de ser algo que no se requiere de una gran cantidad de esfuerzo. Actuar constantemente contra nuestra voluntad quebranta el espíritu. Si bien no sería lo más acertado actuar siempre conforme nuestra única voluntad, mucho menos lo es despojarnos de la propia autonomía y vivir sólo para cumplir intereses ajenos o para servir a la *Gran Costumbre*.² La costumbre, siempre taimada, nos hace creer que nos esforzamos menos cuando hacemos lo mismo, lo esperado y lo preestablecido, pero el precio de renunciar a nuestras facultades, conlleva un esfuerzo mucho mayor que cualquier sacrificio físico.

Un hombre que nace con la facultad para caminar, puede llegar a preferir viajar en automóvil para no “esforzarse”, pero si se le pidiera que no camine nunca más, el esfuerzo y el desgaste sería mucho mayor que haber participado en un maratón. Como vemos, el sentido de esfuerzo y trabajo no son los mismos. El trabajo es hacer uso de nuestras aptitudes, el cuerpo puede cansarse, pero se revitaliza el espíritu.

El esfuerzo que sólo es sacrificio y autoflagelación moral, es aquél que el mexicano llama *la chinga* o *la joda*, es un desgaste estéril que no trasciende. Quizá traiga consigo cierta seguridad mental condicionada por la adquisición de alguna posición social o bienes materiales, pero el problema radica precisamente en que está condicionado por la obtención de un fin. Una facultad, por su parte, es medio y fin a la vez. Es necesaria la dedicación, pero no hace falta esforzarse porque en el mismo momento que se hace uso de ella, se cumple el fin. Así, el amor es entelequia de la facultad.

La realidad humana es compleja y no se rige sólo por un par de leyes físicas. Para el ser humano, a diferencia de la máquina, su consumo principal de energía es debido a lo que *no-hace*, y no por lo que efectivamente hace, pues cuando el ser humano hace lo que le corresponde en función de sus facultades, se revitaliza y llena de energía, lo cual desde el punto de vista de la física clásica, sería contradictorio, más nuestra existencia es siempre paradójica.

² Del de libro “Rayuela” de Julio Cortázar, capítulo 73.

Realizar cualquier actividad que sea la expresión viva y compartida de tus facultades, con toda su singularidad, potencialidad y limitaciones es amar. Tus limitaciones están ahí para impulsarte a descubrir tu potencia y las aptitudes que terminarán transformándose en tus facultades. Una aptitud es el estado previo y pasivo de una facultad. Sólo cultivando y practicando el *arte de amar* hacia tus aptitudes puedes lograr que esa energía comience a moverse libremente y se transforme en una facultad, la cual a su vez generará y expresará más amor para generar nuevas facultades en ti y en los demás.

Amar puede ser una actividad manifiesta como el gusto por realizar largas caminatas que nos revitalizan, tocar un instrumento, o el gozo y la euforia de practicar algún deporte extremo que pone en riesgo la propia vida. Pero esta actividad no surge de una necesidad externa condicionada por el deseo de reconocimiento por parte de algún determinado grupo social, sino de una *necesidad* que proviene desde lo hondo de nuestro *ser*, desde nuestra esencia, donde radica la fuente de cada una de nuestras aptitudes y cualidades propias de una necesidad espiritual, que va más allá de cualquier banal necesidad psicológica.

Aunque determinados modos de amar se expresan mediante formas visibles, toda actividad externa que se haga con amor implica siempre un proceso interno, el cual podría ser observado y medido fisiológicamente desde una concepción científica. Pero no debemos confundirnos, lo que la ciencia ha medido hasta hoy principalmente respecto al *amor*, no es lo que nosotros entendemos como un proceso dinámico y la expresión de las facultades humanas, sino una correlación entre ciertos fenómenos fisiológicos y estados de enamoramiento o atracción sexual.

Sin duda, estas observaciones puntuales -aunque parciales- sobre el estudio del proceso de amar serán de gran ayuda para el estudio científico del amor, no obstante, para nosotros forman parte de lo manifiesto o externo en tanto podemos medirlo y observarlo objetivamente con la tecnología actual. La actividad interna sobre la que hablamos aquí no puede ser medida cuantitativamente, porque poco nos importa cuánto amor puede haber en una persona, lo que deseamos conocer es el *cómo*, es decir, la calidad de ese movimiento, el aspecto cualitativo de las facultades humanas.

Amar puede ser también una actividad interna no visible o latente, que se puede experimentar por ejemplo, al tener una predisposición abierta y sincera de escucha hacia alguien más, al contemplar una lluvia estival, realizando una actividad

intelectual o practicando meditación. El proceso de amar puede ser consciente o no-consciente, porque es esencialmente intuitivo (que es diferente a decir inconsciente). Por eso el amor como proceso no es un fenómeno exclusivo de las manifestaciones cognitivas o emocionales de la dimensión psicológica, ni de procesos endógenos o neuroquímicos del plano fisiológico.

Amar es un proceso que inicia en el plano biológico, después pasa por lo cognitivo, pero al ser algo que está más allá del *self*, se desprende de los lastres psicológicos y desemboca en el plano espiritual. Si amar fuese tan sólo un fenómeno psicológico, el altruismo sería imposible. No es hasta que nos sustraemos de la limitada esfera de la concepción psicológica, -sin descartarla pero incluyéndose a otra más amplia- que logramos observar cómo es posible el altruismo sólo por amor y para el amor, por el pleno uso y goce de las facultades humanas y para que otros logren expresar también las propias.

Aunque a modo dialéctico distinguimos el proceso de amar como actividad externa o interna, lo más acertado es pensar en ella como un movimiento dinámico que oscila siempre entre los dos, como un vaivén o una danza buscando un equilibrio entre la libre expresión artística y la técnica adecuada. Quien conoce sus facultades sabe que cualquiera que sea su situación, encontrará los medios para subsistir, y destacar si es su deseo, pero la grandeza de las facultades humanas no depende de la ambición o de mostrar emprendimiento, sino de la libertad que se comparte al ejercerlas.

Las facultades provienen del ser

Las facultades son expresión de la libertad de los poderes humanos. Al ejercer nuestras facultades cumplimos el propósito original de nuestro *ser* y eso nos llena de dicha. Quien tiene el don de saber cómo hacer reír a los demás, ejerce sus facultades cuando logra que otros se alegren con sus bromas y cuando esto sucede, el *ser* de esta persona se siente realizado; en ese momento la persona es lo que verdaderamente *es*, se experimenta un profundo alivio y no sólo una efímera satisfacción como al saciar el hambre, o la necesidad psicológica de seguridad proporcionada por el orden y aceptación social. Cuando expresas tus facultades tu espíritu comienza a moverse, y reparas en que ese movimiento basta para que tu vida fluya en libertad, gracias y a pesar de cualquier adversidad.

Una facultad es el poder de ser *lo que se es*. ¿Y qué es eso? No siempre es fácil descubrirlo, pero solemos darnos cuenta cuando por ejemplo nos percatamos de que hay algo que hacemos en lo que somos muy buenos, y que mientras para otros puede resultar difícil o tedioso, a nosotros nos causa un gran gusto y satisfacción, sin importar si esa actividad tenga fines lucrativos, lúdicos o ninguno en particular, porque la actividad misma de hacer lo que disfrutamos es ya un fin. Una facultad no depende de otra cosa, ni está condicionada a ningún contexto; una facultad siempre lo será mientras sea la manifestación de la esencia de tu ser para compartir con otros.

Las facultades no sólo son cosas que sabes hacer muy bien, también es la capacidad de apreciar, de ver la belleza o contemplar con detalle las cosas de un modo particular, con todos tus sentidos. La sensibilidad es una facultad, no sólo de los artistas, también de las personas con un alto grado de empatía. Amar algo, tratase de un ideal o algo concreto, así como amar a otro ser, es una facultad, pues al hacerlo de una forma fluida y sencilla, contestas implícitamente a la pregunta *¿Quién soy yo?* a través de las acciones cotidianas, físicas, mentales y morales que dan prueba de en qué medida puedes gozar de ser tu mismo cada día de tu vida. Son estas acciones las que verdaderamente contestan esa pregunta, y no la usual respuesta: *“yo me llamo así y me dedico a aquello”*.

¿Y cómo saber cuál es la esencia de tu ser? Gracias también a una facultad con la que todos contamos que es la *intuición*, que lamentablemente es desvalorizada por ésta, la única sociedad que se ha autoproclamado moderna a lo largo de la historia. La intuición, quizás en tanto no es un objeto fácil de manipulación y explotación, no forma parte de la educación occidental, pero debemos aprender a cultivarla para descubrir cuales son nuestras aptitudes y la esencia de nuestro ser. Solo entonces serás capaz de conocer y sentir con convicción que es lo que es bueno para ti. En una ocasión, un maestro del posgrado me dijo: *“Hoy el analfabetismo es no saber tomar una decisión por sí mismo, no basta con saber leer y escribir”*. Tiene razón, es por eso que aquél que no conoce su intuición y el potencial de sus facultades es un analfabeta, incapaz de amar con plenitud, que fracasará en sus precarios romances con la vida.

El ser es la esencia de *lo que se es*, es aquel propósito en común que tienen nuestro temperamento, carácter y personalidad, pues cuando estas tres instancias funcionan en armonía, es inevitable experimentar plenitud. Mientras que se nace con un determinado temperamento, el carácter se adapta a las exigencias de nuestra historia personal. Sin embargo, la personalidad no se encuentra determinada por

ningún factor ajeno, ésta se desarrolla a partir del uso de nuestro libre albedrío, de la facultad para decidir conscientemente, el aceptar o no los influjos de las otras dos instancias. Quien ha aprendido a amar ha sido capaz de desarrollar su personalidad mediante el uso de sus facultades. Quien no desarrolla su personalidad se vuelve prisionero de su carácter y en su impotencia se esfuerza por dar lo mejor de sí, pero no encuentra libertad y compite consigo mismo y contra los demás para “*ser el mejor*”, pero este punto lo retomaremos en el siguiente capítulo.

La personalidad no puede padecer ningún trastorno. La psicología tradicional parece indicar lo contrario porque cuando habla de trastornos de personalidad, en realidad hace alusión a un trastorno del carácter. La personalidad se expresa mediante el *ser*. El *ser* no es susceptible de enfermedad, pero es posible que nunca logre expresarse y en ese caso lo que observamos si es un trastorno de personalidad desde la concepción de la psicología. Ese trastorno de personalidad es en realidad ausencia de personalidad, ausencia del desarrollo de las facultades que le permite a determinada persona la capacidad de amar.

El *ser* se encuentra en constante expansión, pero no como el ego que busca ocupar mayor lugar, sino como el cosmos que al expandirse está creando más espacio dentro y fuera de sí. Esa misma dialéctica es propia de las facultades. Así pues, es común que cuando uno comienza a desarrollar alguna facultad conscientemente, comience a generar otras nuevas que quizás no sabía que ahí estaban, o bien, influye para que otros encuentren las suyas.

El amor es la facultad que crea otras facultades

El amor es la facultad primera, la cual potencializa todas las demás facultades. El amor se valida a sí mismo de forma circular, por lo tanto no hay amor inválido. Una persona que no es capaz de amar, es una persona inválida de espíritu. En cambio hay persona inválidas –físicamente hablando- que a pesar de sus limitaciones, son capaces de amar mucho más que aquéllos que no padecen una aparente limitación y poseen las mismas o mayores facultades. Por eso la única discapacidad que puede limitar al ser humano, es la de aquel hombre que se vuelve extranjero de su propio corazón.

Amar es un acto espiritual

Las facultades son la expresión del movimiento libre de nuestro espíritu. Cuando las facultades logran manifestarse en su totalidad, generan alivio y plenitud en quien las ejerce, y también, -aunque en distinto grado- en quienes se permiten apreciar el amor que evoca esa actividad. ¿Y qué es el espíritu? Es la esencia que da origen a nuestras aptitudes y al sentido de ellas. El espíritu de las facultades humanas arranca en la materia, crea un puente entre el cuerpo y la mente, pero se extiende a través de estas dos dimensiones para aterrizar en el *logos*, y dar sentido a la experiencia psicofísica de nuestra consciencia. Porque la consciencia humana es algo mucho más amplio que procesos neuroquímicos y metacognitivos. No me refiero al *gran sentido*, ni del sentido estéril ante la pregunta de para qué está aquí el ser humano, sino del sentido real e inmediato cuando uno resuelve cuestiones como *¿Para qué levantarse hoy? ¿Qué actitud adoptaré ante la adversidad? ¿Cuál quiero que sea mi trabajo? etc.*

La espiritualidad se manifiesta en las acciones, vivencias y actitudes cotidianas que el ser humano realiza buscando encontrar un sentido; en sus dilemas morales, tradiciones religiosas, el cine, la música, la moda, costumbres familiares, el trabajo, los sacrificios y en todos los millones de comentarios y *post* que realiza diariamente en las redes sociales, ya sea sobre situaciones banales, profundas reflexiones, *memes* para hacer reír -que muchas veces plantean mordaces críticas sociales-, campañas para crear consciencia, o *selfies* como un llamado urgente buscando aliviar parcialmente la soledad entre millones de personas conectadas a la red, pero que no logran conectarse con otros seres humanos. Si la búsqueda de este sentido es consciente o no, si es superficial o profundo no importa, porque esto depende del camino que necesite recorrer la persona para desarrollar sus facultades, y ese camino que se construye al andar, es un caminar libre.

Quien no ama, quien no ejerce ni expresa sus facultades no conoce su espíritu. Una facultad humana que no se ejerce o que no se expresa, lleva a la persona a compensar parcialmente su quietud espiritual, mediante un exceso de actividad mental o deseo inagotable de intensas experiencias psicológicas para eludir su *vacío espiritual*.

Quizás no es del todo acertado hablar de vacío espiritual en tanto es imposible que el espíritu se encuentre vacío. El espíritu humano es siempre unidad perfecta. Es el hombre con su libre albedrío quien puede frenar el movimiento y la expresión de su espíritu, o bien, entrenar y disciplinarlo con amor para que logre su desarrollo y plena realización en el mundo.

El espíritu es una parte de Dios y es de hecho, por medio del espíritu cómo podemos llegar a Dios. Quien sabe amar a través de sus facultades está en gracia de Dios. Si lo que buscas es ofender a Dios, entonces renuncia a tus facultades, deja de amar y vuélvete competente y habilidoso en todo, excepto en lo que amas.

Dios no le ha dado a nadie facultades para hacer algo que no ama. Es el hombre quien decide adquirir competencias para rivalizar con otros hombres y trabajar por cosas que no necesitan o que aborrece. Y cuando digo Dios, no hablo de un gran señor imaginario que está en los cielos, sino del origen mismo del Amor.

Si acaso los valores o paradigmas del lector, las palabras acerca del espíritu o de Dios interfieren con su lectura, puede optar, si lo prefiere, por una visión panteísta sobre este asunto, pues la concepción última que se tenga del *logos*, no debe ser impedimento, sino por el contrario, una vía directa al descubrimiento de las propias facultades.

Las palabras *amor* y *amar* apuntan hacia donde mismo. Aunque gramaticalmente la primera sea un sustantivo y la segunda un verbo, para nosotros ambas pertenecen a la última categoría. La expresión *tengo amor* es incorrecta, no hay forma de *tener* el amor, así como también es gramaticalmente incorrecto la expresión *tengo amar*. No se puede poseer una acción, sólo realizarla, porque no es un objeto estático sino un proceso, una fuerza dinámica siempre en movimiento y de ahí que concibamos el amor como un verbo. El deseo de emprender una búsqueda espiritual, puede ser entendida como el deseo de transformar nuestra concepción de amor, de pasar de la sustantividad a la encarnación de un amor verbal.

Como todos tenemos diferentes facultades, las posibilidades y modos de amar son infinitos. No obstante podemos reconocer que existen algunas facultades universales y comunes a todo aunque sean de menor o mayor medida en cada a persona. Una de estas facultades es la capacidad de ver y de dar valor a la vida de otros. Por eso es tan sencillo y tan difícil amar. Sencillo porque está en nuestra naturaleza humana la necesidad de cooperar unos con otros como comunidad. Toda necesidad se transforma en algún tipo de valor; difícil porque hay quienes son incapaces de valorar la vida y las facultades de otros seres.

El amor apunta siempre fuera de sí mismo

El amor proviene primero de sí mismo, como la luz de una lámpara, pero ésta nunca se enciende para iluminarse a sí misma, sino a todo lo que rodea. De la misma forma cuando alguien ama ilumina a todo y a todos los que lo rodean.

El amor es vida creando vida, es valor dando valor, es el sentido último de todas las cosas. El amor se transforma al ser mostrado, se expande y adquiere un nuevo y más amplio sentido. El amor se consume cuando se comparte con el otro.

El amor supera toda teoría del conocimiento

En el amor verdadero, tal como lo concebimos, no existe un objeto de amor, no creemos posible la existencia de un determinado *objeto de amor*, como señala el psicoanálisis. En el acto de amar, poco importa si lo que se percibe con los sentidos físicos, corresponde o no a una interpretación objetiva del mundo. La facultad del amor supera la objetivación del *ser*, si esto no fuera así, sería imposible vencer el sentimiento de angustia que provoca la soledad.

II. FACULTAD NO ES COMPETENCIA

Diferencias entre facultad y competencia

Ambos conceptos son sustancialmente distintos y debemos tener cuidado de no utilizarlos nunca como sinónimos, a pesar de la proximidad que hay entre ambas nociones. La facultad no es un objeto o una herramienta sino un sistema orgánico de procesos que se relacionan entre sí, que implican fisiología, cognición, intuición, afección, moralidad y espiritualidad. Usualmente una competencia puede en cambio, limitarse a una capacidad física o intelectual, aislada del resto de las dimensiones humanas.

Una competencia no necesita ni se interesa en la intuición, porque busca resultados concretos para un fin que puede ser ajeno a los intereses de quien ejerce la tarea o trabajo. Evoquemos por ejemplo a un trabajador que detiene una línea de producción porque intuyó que algo podía salir mal, sin poder comprobar por qué, o a un empleado que se rehúsa a tirar residuos tóxicos a la orilla de un río porque considera que no es ético; o al hombre “exitoso” que renuncia a su puesto bien remunerado, para dedicarse a su verdadera vocación de ayuda altruista. Todas estas son situaciones que representan un dilema para la persona que desea expresar sus genuinas facultades, pero no para el hombre que compite contra sus semejantes, pues sus competencias no lo educaron para actuar con libertad o con un sentido de vida, sino para servir al ingenuo ideal del utilitarismo.

La persona *facultada* transforma su *ser* en libertad constantemente, la persona *competente* lucha contra sus semejantes y a veces contra sí mismo; también transforma su *ser* pero no en libertad, se encuentra siempre en la búsqueda de ser ese *otro ser* exitoso que no logra alcanzar, pues no sabe que sólo alcanzará la plenitud cuando descubra sus facultades.

Las competencias no son únicamente conocimientos técnicos con fines laborales, también en cierto modo lo son el saber adaptarse y ejercer ciertos rituales sociales en contra de nuestra voluntad; ser una persona cortés, tener una casa limpia y ordenada o dar un obsequio en los cumpleaños. ¿Por qué? Porque muchas de estas conductas representan tan sólo y en una forma muy banal, nuestra riqueza material, que siguiendo la línea lógica de lo que eso significa, quiere decir al final, que somos competentes ¿para qué? para *hacer* dinero. Dejando en un último plano, la cuestión de si la forma en que se obtuvo ese dinero, fue causa de realización y

libertad, o si por el contrario fue causa de sufrimiento y de *chingas*. Como dijo Octavio Paz, “*para el mexicano la vida es una posibilidad de chingar o ser chingados*”³ y por lo tanto para nosotros quizás, la competencia es tan solo un eufemismo para referirnos a “la *chinga*”.

Una competencia es una herramienta o habilidad adquirida para tener ventaja de una situación o sobre otros individuos, considerados consciente o inconscientemente como tus oponentes. Bien puede ser tu hermano, un compañero de clase o una persona que despierta celos en ti. Mientras una herramienta te siga proporcionando una ventaja te es útil y sólo entonces puedes llamarla competencia.

Si las condiciones o el contexto cambian y esa herramienta en la que tienes pericia te deja de ofrecer ventaja sobre los demás, a pesar de tu experiencia te vuelves un incompetente. Esa sensación inminente de volverse inútil es causas de angustia. La competencia es siempre una lucha por obtener la libertad sobre la de tu oponente. La facultad en cambio es una aptitud que se ejerce desde la libertad y por tal motivo cuando se ejerce, no se vive ningún sentimiento de angustia sino de constante realización.

En el ámbito académico se dice que tener un conocimiento específico, es un -saber-ser y saber-hacer- es una competencia. Precisamente porque el modo en que se enseña y el fin, es que el estudiante logre una ventaja sobre los demás, teniendo más y mejores armas, para ganar en la lucha del mercado laboral, y finalmente obtener un puesto más remunerado (aunque no siempre mejor), bajo el falso supuesto de que al vencer, obtendrás la libertad. Pero la ilusión dura poco, puesto que al vencer compitiendo, lo que se logra no es la libertad de espíritu, sino una *libertad condicional*, libertad del yugo de una clase social, para después competir en otra clase más sofisticada pero más aislada de sus semejantes. Es el deseo de poseer más –renunciando al *ser*- lo que a la larga crea más necesidades de las que se tenían antes del punto de partida.

En el amor no se compite porque no se está en una lucha, el amor es una celebración que nunca termina. El amor nos provee de facultades que al hacer uso de ellas nos otorgan la *libertad para ser*, para tener un propósito, y cuando uno descubre cuál es su misión en la vida, se da cuenta que no necesita competir con nadie. Existirán claro, siempre detractores de nuestras ideas, de nuestros sueños, de nuestra dicha, pero cuando logramos entender que esos ataques no provienen de la

³ De “El laberinto de la soledad”.

esencia de las personas, sino de la ignorancia y la incapacidad para amar y ejercer sus facultades, entendemos por qué se aferran a sus competencias y usan sus palabras e intelecto como *armas* contra los demás. Entonces no se puede sentir más que compasión, y esperar a que llegue su momento, sin ser severos ni condescendientes, sencillamente contemplando su propio proceso.

Seguido escuché durante mis estudios -de todos los niveles- a los maestros utilizar la típica metáfora que reza “*no puedes ir a la guerra sin armas*” cuando nos faltaban los materiales necesarios para la clase. Aunque claro el mensaje es incorrecto porque el conocimiento académico no debería ser entendido como un arma que sirve para la guerra, sino como herramientas para evitarla, para crear mejores lazos entre los seres humanos y para progresar como comunidad. Aun que solo es una metáfora, refleja esencialmente la ideología de la competencia.

Le llamamos facultades a las distintas carreras universitarias, porque tienen el derecho legal, el poder y la aptitud de otorgar grados académicos, los cuales antiguamente representaban las facultades desarrolladas por el estudiante para hacer *algo*, pero la importancia de ese *algo* residía no en su utilidad comercial, sino en su propósito moral, ético, estético, teológico, médico. Es decir, que ese saber-hacer habría de tener siempre un sentido. Al año 2015 muchísimas universidades, públicas y privadas han perdido la capacidad real de facultar a sus alumnos, y en cambio sería más apropiado sólo llamarlas “escuelas” o “institutos”, y decir que uno se graduó, por ejemplo, de la Competencia en Psicología, Competencia en Derecho o Competencia en Medicina.

Tanto llevar una vida de excesiva competencia, como aferrarnos a alcanzar un estado puro de libertad puede llevar a cualquiera a la locura. ¿Por qué? Porque toda competencia y facultad conllevan una responsabilidad. Por un lado, si te vuelves una persona excesivamente competente, pero que no ejerce sus facultades y vocaciones, vivirás siempre en un estado crónico de vacío existencial, en el que te preguntarás cada día; ¿Por qué no disfruto mi trabajo? ¿Por qué fantaseo con otra vida? ¿Por qué no hago lo que me gusta? Si por el contrario te aferras a libertad ¿Acaso seguiría siendo libertad? Recordemos que la libertad no es libertinaje, sino el acto de elegir cuáles serán nuestros deberes.

Lo mas sensato es, como ya lo han dicho los antiguos sabios orientales, encontrar el camino medio. Resultaría absurdo renunciar a todas nuestras competencias para dedicarnos exclusivamente a lo que nos gusta, pero más tonto es desear ser siempre el más capacitado o competente en todo.

¿Por qué no hacemos lo que amamos?

No hacemos lo que amamos porque los valores predominantes no valorizan las facultades, sino las competencias.

Comenzar a hacer de golpe, de un día para el otro lo que amamos cuando hemos estado compitiendo con los demás durante mucho tiempo, es atentar contra los valores predominantes. Cuando empezamos a hacer cosas por amor, dejamos de competir y eso asusta a las personas que nunca han amado genuinamente.

Un valor es siempre una decisión para hacer o no hacer, es una acción concreta; cepillarse los dientes, no asistir a una fiesta, llegar puntual al trabajo o una cita, atender el celular pero no a las personas presentes. Un valor puede basarse en un ideal o un concepto abstracto: honestidad, respeto, perseverancia, humildad, riqueza o sacrificio. Pero el valor real es la acción física, psicológica (o de cualquier otra dimensión) que se realiza. Un hombre no es honesto porque acepta y habla del valor que encierra el concepto de honestidad, es honesto porque sus acciones (incluyendo sus pensamientos) son genuinos y sinceros. Los valores ideales poseen sólo cualidades metafísicas, porque son sólo eso: ideales.

No se trata de ir contra el sistema. Incluso dentro del suprasistema de valores, se tiene contemplado que siempre habrá personas que atacarán los valores establecidos, (que en nuestro contexto son los valores utilitaristas y del mercado capitalista). Pero incluso esas personas en contra del sistema axiológico actual no dejan de estar compitiendo, no tratan de ser inclusivos sino exclusivos en sus modos de pensar, actuar y sentir.

No sin razón la persona común que se mueve junto con los valores predominantes, se asusta cuando escucha o ve actuar este otro tipo de personas. La persona que ha aprendido a amar genuinamente ya ha superado el estado de *separatidad*, el cual señala Fromm, y con ello se ha ampliado su consciencia, de modo que ya no compete más, ni se encuentra dentro del juego de un a favor o en contra del sistema.

Así pues puede un hombre creer que es feliz en su trabajo, pero cuando llega su día de descanso descubre que ha perdido la capacidad de relajarse y divertirse, ha perdido esas facultades. Quizás cuando niño desarrolló estas facultades, pero en el

transcurso de la transición a la vida adulta, se despojó de los valores que le otorgaban sentido al descanso, al juego y al tiempo libre, y los sustituyó por los que ahora considera, *útiles y productivos*, como el trabajo, el dinero, *la chinga*, etc.

El amor es útil y es productivo

Una computadora te es útil en tanto medio para realizar miles de tareas que no puedes realizar por cuenta propia, pero si la computadora no enciende, se vuelve inútil. Esto quiere decir que una computadora tiene valor utilitario por su función, no por su calidad de objeto físico.

Para tener ventaja en el mercado laboral la competencia es un instrumento útil como medio, no como fin. La facultad puede ser un medio pero es también un fin en sí mismo, por lo tanto, las facultades no pueden ser explotadas con el control o estándar deseado por el mercado laboral y la cultura utilitarista.

Amar nos permite desarrollar nuestras facultades y cuando lo hacemos con completa libertad y además eso que hacemos es valorado, es inevitable desarrollar esa facultad con un grado altísimo de excelencia. Esto no sólo es útil para uno mismo sino también para el mundo comercial.

A pesar de las severas críticas que se han realizado en contra del capitalismo –y no injustificadamente- quizás ha sido un modelo económico necesario históricamente para el desarrollo de la humanidad. Pues ha diferencias de los antiguos modelos económicos, este ha sido el único que ha ofrecido la libertad de expresión - a pesar de la censura que aun existe- y con ello hemos comenzado el proceso histórico en el que a gran escala la raza humana comienza a descubrir y ejercer sus facultades como nunca antes lo había hecho.

El capitalismo, partiendo de una idea reduccionista, parte del supuesto de que la acumulación y producción de recursos en abundancia llevaría al hombre a vivir en bienestar. Este es un hecho evidentemente necesario pero ingenuo y fantasioso, si se cree que el ser humano vive sólo de *pan*. El espíritu capitalista, se olvidó que el ser humano también se alimenta de las circunstancias que conciernen al *pan*: ¿Cómo se obtuvo ese pan? ¿Para quién es? ¿Se obtuvo digna o denigrantemente? ¿Cuál es su fin? y quizá lo menos atendido ha sido ¿Qué sigue después de estar satisfecho? Quizás, el último modelo económico que existirá, capitalizará las facultades humanas antes que las posesiones materiales o

intelectuales, porque no hay nada más útil y valioso para el ser humano que el amor.

Existe la distancia de un abismo entre sentir amor hacia el dinero y tener una obsesión con el dinero. Quien ama el dinero no se interesa sólo en la acumulación de éste, sino también desea conocer cómo el dinero es símbolo de prosperidad o de precariedad. Se interesa en el dinero como fenómeno social que influye diariamente en las interacciones humanas. Por eso le apasionan los números, las finanzas, la economía, la mercadotecnia, la psicología del consumidor. Piensa en todas sus posibilidades. En cambio aquél que se obsesiona con el dinero, no le interesa como fenómeno sino como un mero objeto para obtener otras posesiones que le den ventaja contra sus competidores. Para el tacaño, el avaro y el corrupto, el dinero no representa sus posibilidades, sino sus necesidades de posición social y de placeres superfluos. Para la persona que sabe amar, comprende que el dinero es sólo un medio para ayudar a encontrar su libertad como ser humano y la propia en consecuencia.

El amor y el arte

El artista tiene una alta sensibilidad espiritual y una infinita capacidad de asombro. El artista se asombra cada vez que ve la expresión del amor. El artista rinde culto a sus facultades, ve también las del otro y por un instante prolongado las siente como propias; comprende a su semejante intuitivamente, se imagina a sí mismo amando como el otro lo hace y entonces puede amplificar y potencializar el amor del otro otorgándole todo el valor que merece. El arte posee valor tanto estético como práctico.

Bibliografía

Fromm, Erich, *El arte de amar*, Paidós, México, 1983

Frankl, Viktor, *La presencia ignorada de Dios psicoterapia y religión*, Herder, Barcelona, 1977

Frankl, Viktor, *Psicoanálisis y Existencialismo de la Psicoterapia a la Logoterapia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1978